

Grado en Filosofía

2014/2015

## **El poder foucaultiano y la mujer**

Alumna: Amanda Sánchez López

Profesor Tutor: Domingo Fernández Agis

# Índice

<b>I. Introducción.....</b>	<b>1</b>
<b>II. Antecedentes.....</b>	<b>3</b>
1. El poder en Marx.....	3
2. Marxismo y feminismo.....	5
<b>III. Estado actual.....</b>	<b>12</b>
1. Teoría Queer.....	12
2. Feminismo foucaultiano: Judith Butler.....	13
<b>IV. Discusión y posicionamiento.....</b>	<b>15</b>
1. El poder en Foucault.....	15
2. Foucault y el feminismo.....	23
3. Críticas y aportaciones.....	31
<b>V. Conclusión y vías abiertas.....</b>	<b>38</b>
<b>VI. Bibliografía.....</b>	<b>42</b>

## I. Introducción.

El objeto de estas páginas es tratar de conocer cómo concibe Foucault la temática del poder, de qué manera actúa, y cómo se relaciona este concepto con el problema concreto de la mujer. De antemano, anticipamos que este autor no era feminista, aunque quería que sus análisis fueran considerados como útiles contra el sometimiento de los sujetos. Con tal afirmación no queremos decir que estuviera en contra del feminismo, sino que odiaba quedar adscrito a una corriente determinada y vivir bajo una etiqueta.

El trabajo de Foucault «está lejos de esa función profética de señalar a los otros lo que hay que hacer o lo que hay que pensar. Introduce más bien una nueva problematización al plantear la cuestión de cómo se produjo históricamente el estrecho vínculo del sexo con la verdad en Occidente»<sup>1</sup>, ya que a su juicio, poder y verdad han ido ligados íntimamente a lo largo de la historia. Para él no existe la verdad absoluta, solo verdades diferentes acerca de la realidad en momentos particulares, verdades que satisfacen las necesidades del poder. Esta noción ha sido crucial para el feminismo, que ya no comprende su situación como algo inmutable, sino que ahora pueden ser modificables los mecanismos que producen la verdad dentro de cada sociedad.

Bajo la perspectiva de Foucault, la tarea de la filosofía, su actuación y objetivos, han de abandonar la finalidad de elaborar discursos que tengan una explicación para todo, porque la universalización es una trampa. Kant es un ejemplo de ello, que «buscó la universalidad a través del carácter formal de la norma moral, dando la espalda a su contenido, ya que este tendría siempre que ser expresión de elementos no universalizables. El resultado es una moral que, por querer decirlo todo, no nos dice nada en concreto».<sup>2</sup>

Era fundamental para Foucault que su genealogía del poder no abordara los conflictos considerándolos simplemente como una parte de la lucha de clases.

---

1. Foucault, M., *Historia de la sexualidad, 1. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 2005, p. XXV.

2. Fernández Agis, D., «Juicio político, juicio moral y poder», *Areté: revista de filosofía*, núm. 2 (2010), p. 292.

Percibió que, con la teoría de Karl Marx, todos los problemas del poder eran analizados únicamente como efectos de problemas económicos, incluyendo la opresión de la mujer. Pero él consideró que, aplicando esa perspectiva a todos los ámbitos, habían muchos que quedaban irresolubles. Es éste uno de los motivos por los que constantemente trata de huir del marxismo, al que hemos escogido como antecedente, y cuya contraposición nos permitirá comprender mejor el razonamiento de nuestro autor.

Finalmente, para un buen entendimiento de su percepción del poder, debemos saber que no sólo le interesan las prácticas que producen violencia y sufrimiento, ni cómo resistir a formas de dominación, sino también «como podemos desasirnos de unos procesos de subjetivación que nos son impuestos y que inconscientemente nos imponemos a nosotros mismos para adoptar reflexivamente como alternativa un modo de vida no capitalista».<sup>3</sup>

---

3. Foucault, M., *Historia de la sexualidad, 1. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 2005, p. XXXII.

## II. Antecedentes

Antes de la perspectiva compleja y completa que nos ofrece Foucault sobre el poder, ya se habían realizado numerosos análisis políticos, históricos, antropológicos y sociológicos sobre este tema. Sin embargo, es la perspectiva economicista, que estaba en boga en su tiempo, la que a él le interesaba combatir. Como ejemplo de ello, hemos tomado el marxismo, receptor de algunas de las críticas más duras de Foucault, y su aplicación al problema concreto de la mujer.

### 1. El poder en Marx.

Partimos poniendo de manifiesto que se ha puesto en cuestión que exista en Marx una teoría del Estado o del poder político. Basándonos en la ejemplificación que hace Adolfo Sánchez Vázquez, «para Foucault, Marx es, ante todo, el teórico de la explotación y niega que haya elaborado una teoría del poder».<sup>4</sup> Por otra parte, Marx deja a un lado el problema de cómo se ejerce el poder al centrar su atención en el sujeto del poder. Como parte de una concepción negativa del Estado y todo poder estatal es transitorio y está destinado a desaparecer, no presta atención a las formas de gobierno ni delinea un Estado alternativo, socialista, frente al Estado representativo, burgués. Es de ahí, a su parecer, de donde derivarían las insuficiencias de la concepción de Marx, quien no dedicaría ninguna obra expresamente a ese tema.

En sus comienzos teóricos, Marx se concentra en el Estado, en el poder político. Para él tienen un carácter negativo tanto la política como el Estado separado de la sociedad civil. Esto es, porque, en su opinión, la esfera de la enajenación del hombre real y, por tanto, se contraponen a la emancipación humana. De esta manera,

[...] las verdaderas relaciones entre Estado y sociedad civil, conduce a Marx al hallazgo del fundamento real del Estado en la esfera social, dividida, desgarrada bajo el imperio de la propiedad privada. Con ello se revelan a Marx los límites teóricos de la teoría hegeliana del Estado y la necesidad de pasar a la crítica del fundamento real de la división social y del poder político, o sea: la economía.<sup>5</sup>

---

4. Sánchez Vázquez, A., «La cuestión del poder en Marx», *Sistema: revista de ciencias sociales*, núm. 92 (1986), pp. 3-18.

5. Sánchez Vázquez, A., «La cuestión del poder en Marx», *Sistema: revista de ciencias sociales*, núm. 92 (1986), pp. 3-18.

Así, se pone de relieve, que la política debía buscar un lugar propio en su crítica de la economía. Marx, concentra su atención en la crítica de la economía política, y, por ello, no hallamos una teoría política ni una teoría del poder, comparable con su teoría económica. Esto se debe a que si lo político se funda en lo social, y la anatomía de lo social es lo económico, no puede haber una crítica autónoma de la política, sino crítica política fundada en la crítica de la economía.

No obstante, nuestro autor marxista, Adolfo Sánchez, aclara que aunque Marx se concentre en el modo de producción capitalista como clave de la sociedad burguesa, no excluye la importancia del poder político, dadas su autonomía y especificidad del Estado, aunque se trate de una instancia que no se funda ni se basta a sí misma. La importancia de la política como práctica radica en que actúa como lucha de clase que aspira a la mayor autonomía posible en la desaparición del poder político. Marx concentra su atención principal en la base económica en la relación entre lo político y lo económico, pero la cosa cambia cuando se trata de la conquista del poder determinado económicamente. Aquí la primacía le corresponde a la práctica política, a la lucha política de clase sobre otras formas de lucha de clase: la económica y la ideológica.

Marx vislumbró la necesidad de una teoría del poder y de la práctica que hace de él su objetivo, ya que, por un lado, la teoría económica es decisiva, y por otro, la teoría política del poder y de la práctica para conquistarlo o transformarlo también lo es. Por esa necesidad dejó una serie de conceptos y tesis, relativos a ambos aspectos, aunque no suficientes como para equipararlos con su teoría acerca del modo de producción capitalista. Lo importante para Marx es una estrategia destinada a conquistar el poder y llegar a extinguirlo. En relación con esto, los conceptos más importantes, bajo el criterio de Adolfo Sánchez Vázquez, son:

a) Necesidad del poder político. Hace referencia a la naturaleza del poder político, o poder del Estado. En primer lugar, el poder político se hace necesario en la sociedad dividida por antagonismos irreconciliables; en segundo lugar, el poder político es el lugar del orden, de la conciliación de esas contradicciones que, de no resolverse, conducirían a la destrucción de las fuerzas en rivalidad; y tercero, que el poder llamado a cumplir esta función se sitúa por encima de la sociedad, de las fuerzas en conflicto sólo en apariencia.

b) Naturaleza de clase del poder político. El poder político, estatal, no tiene un carácter universal como sostiene Hegel sino particular, de clase. De la clase dominante. Para Marx el poder estatal no existe para administrar o velar por el interés de toda la sociedad sino por el de una parte o clase social de ella.

Una vez sea eliminado el poder burgués, para Marx la propiedad debe tener un carácter social tras abolir la propiedad privada sobre los medios de producción. Y como todo poder político, debe tener carácter de clase, pero esta vez será del proletariado, de los que lo han conquistado. También debe tener carácter democrático. El carácter democrático del poder político es inseparable de la supresión del cuerpo parasitario que ejerce el poder como si fuera su propiedad privada. Y, el nuevo poder debe tener carácter transitorio que va del capitalismo al comunismo, poder y periodo que Marx y Engels han llamado en algunas ocasiones “dictadura del proletariado” y que tiene por objetivo la extinción del Estado.

El carácter transitorio del nuevo poder no lo entiende Marx como simple antítesis del poder burgués que dejará paso a otro poder, sino como un proceso de devolución a la sociedad de lo que el poder estatal le había usurpado y absorbido, proceso que habría de conducir al desmantelamiento sucesivo del poder estatal en cuanto tal.<sup>6</sup>

Finalmente, en Marx, hablar del poder es hablar de dominio de una clase sobre otra, de unos hombres sobre otros. Esto es, porque la explotación del obrero es el centro de la dominación económica en la sociedad capitalista. A pesar de un espejismo que hace ver una igualdad jurídica, el poder económico lleva consigo una relación opuesta en la que una clase explotadora, que es la que posee los medios de producción, compra fuerza de trabajo, y otra (la explotada), es la que la vende. Esta última clase, se ve forzada a vender su fuerza de trabajo sin que para ello la clase que domina económicamente tenga que recurrir a la fuerza. En resumen, el poder en Marx es poder económico, poder que posee el capitalista sobre el obrero.

## **2. Marxismo y feminismo.**

Desde sus orígenes, la tradición marxista asume, con los escritos de Karl Marx

---

6. Sánchez Vázquez, A., «La cuestión del poder en Marx», *Sistema: revista de ciencias sociales*, núm. 92 (1986), pp. 3-18.

y Friedrich Engels, la lucha por la liberación de la mujer. Basándonos en Sharon Smith, podemos enunciar que ambos argumentaron cómo la clase dominante oprime a las mujeres relegándolas a ciudadanas de segunda clase en la sociedad y dentro de la familia. Es por esto, que en el *Manifiesto Comunista* podemos encontrar que:

El burgués ve en su mujer un mero instrumento de producción. Oye que los instrumentos de producción han de ser explotados en común y, naturalmente, no puede imaginarse sino que el destino de la socialización afectará también a las mujeres. No sospecha que de lo que se trata precisamente es de acabar con la posición de la mujer como mero instrumento de producción.<sup>7</sup>

La relación entre marxismo y feminismo es compleja. El pensamiento marxista relativo al género, según expone Cecilia Collado, se ha centrado, sobre todo, en el análisis de la naturaleza del trabajo doméstico y su relación con el capital. Asimismo,

[...] el marxismo es la primera teoría que reconoce el carácter económico de la producción doméstica, como generación de valores de uso por medio de un trabajo, de una actividad humana transformadora, así como su carácter esencial para la reproducción de la fuerza de trabajo y de las relaciones de producción capitalistas.<sup>8</sup>

Aunque Marx tomó notas sobre el papel que cumple el trabajo doméstico de las mujeres bajo el capitalismo, no dedicó mucho espacio a ello en *El Capital*, ni examinó el origen de la opresión de la mujer en la sociedad de clases. Sin embargo, tras su muerte, Engels utilizó algunas de esas notas para su libro *El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado*, donde analizaba el surgimiento de la opresión de las mujeres como el producto de la aparición de la sociedad de clases y de la familia nuclear.

Esta tesis, fue pionera en su momento porque

[...] Engels escribía en la Inglaterra victoriana, que no era, desde luego, una era ilustrada en lo que se refiere a la situación de las mujeres. Es más que notable la cuidadosa atención que Engels dedica a los aspectos personales de la opresión de las mujeres dentro del marco familiar, incluyendo la extrema degradación sufrida por las mujeres a manos de sus maridos, con un grado de desigualdad desconocida en las sociedades anteriores.<sup>9</sup>

De este modo, Engels considera el surgimiento de la familia nuclear como la

---

7. Marx, K. y Engels, F., *Manifiesto Comunista*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, pp. 64-65.

8. Castaño Collado, C., «Economía y género», *Revista Política y Sociedad*, núm. 32 (1999), pp. 23-42.

9. Smith, S., «Marxismo, feminismo y liberación de la mujer», *Revista Pasos*, núm. 158 (2013), pp. 42-55.

derrota histórica del sexo femenino a nivel mundial. También, sostiene explícitamente que la violación y la violencia contra las mujeres se iniciaron dentro de la familia, en sus mismos orígenes. Partiendo de esta concepción de Engels, el feminismo ha pretendido que se considere la subordinación de las mujeres bajo el patriarcado como una forma de explotación anterior a la explotación de clase, extrapolando, de esta manera, la crítica marxista a la economía de mercado y al sistema de producción capitalista y adaptándola al ámbito familiar. No obstante, esto no ha sido completamente aceptado por los economistas marxistas, que no consideran la división sexual del trabajo como causa principal de la subordinación femenina, aunque admiten su importancia.

Algo destacable en la teoría del marxismo, desde sus inicios, es que el problema de la mujer nunca ha sido contemplado teóricamente como un asunto que incumbe solo a las mujeres, sino que debe implicar el conjunto de los líderes revolucionarios, tanto hombres como mujeres. Siguiendo esta línea, Sharon Smith enuncia que V.I. Lenin, solía referirse a la opresión de las mujeres dentro de la familia como “esclavitud doméstica”, y esta esclavitud doméstica, es un elemento central en la teoría marxista sobre la opresión de las mujeres:

[...] la fuente de la opresión de las mujeres radica en el papel de la familia como reproductora de la fuerza de trabajo para el capitalismo, y en el papel desigual de la mujer en su seno. Mientras que la familia de las clases dominantes ha funcionado históricamente como una institución a través de la que transmitir la herencia entre generaciones, con el surgimiento del capitalismo, la familia de la clase obrera asumió la función de proporcionar al sistema una oferta abundante de mano de obra.<sup>10</sup>

A pesar de todo esto, afirma Smith, que no todos los marxistas, ni en todo momento, comprendieron la necesidad de defender el feminismo y de valorar los enormes logros del movimiento de mujeres. Por ejemplo, la Tendencia Socialista Internacional que, en un principio, incurrió en un enfoque reduccionista de la liberación de la mujer. El reduccionismo supone que la lucha de clases resolverá el problema del sexismo por sí misma, al revelar los verdaderos intereses de clase en oposición a la falsa conciencia. Este enfoque reduce los problemas de opresión a una cuestión de clase.

---

10. Smith, S., «Marxismo, feminismo y liberación de la mujer», *Revista Pasos*, núm. 158 (2013), pp. 42-55.

Tomando los conceptos básicos que Marx plantea en *El Capital* sobre el papel de la reproducción social (proceso por el que el sistema capitalista se mantiene y reproduce a través de generaciones), hay grupos feministas que han ido desarrollando y ampliando la comprensión marxista del papel que las mujeres juegan en la reproducción de la clase obrera como un servicio prestado al sistema capitalista. De acuerdo con estos desarrollos posteriores a Marx, podemos destacar, de acuerdo con Rosalía Romero Pérez, tres modelos dentro de la interpretación economicista de la explicación causal de la problemática del colectivo femenino:

a) Eli Zaretsky, en *Familia y vida personal en la sociedad capitalista* defiende la tesis de que lo que ha hecho el capitalismo ha sido separar, por un lado, el mundo de la familia y de la vida personal, y por otro, el lugar de trabajo en la esfera pública. Es esta separación la responsable de un extremado sexismo.

Las mujeres pasarán a una situación opresiva creciente con el sistema capitalista, al ser excluidas del trabajo asalariado. Por el contrario, el colectivo de los varones está oprimido por tener que realizar un trabajo asalariado. Según Zaretsky, las mujeres trabajan para el capital; digamos que es el capitalismo -con su tajante separación entre el hogar y el mundo público-, el que crea la apariencia de que las mujeres trabajan para los hombres de forma privada en la familia<sup>11</sup>

Para este autor, la redefinición del espacio femenino dentro de la familia no es explicable como mero efecto del capitalismo. El hecho de que las obreras tengan que retornar al hogar se produce porque existen unas condiciones de posibilidad de la estructura social que permiten sean las mujeres el grupo de reserva para coyunturas específicas, como los períodos de guerra, en los que hay un déficit de mano de obra masculina. Sin la complicidad entre los varones, y lo que ellos dictaminan como “trabajos masculinos”, las mujeres no serían excluidas del trabajo asalariado, al igual que sucedía en los sindicatos.

b) Engels, por su parte, pone el énfasis en la importancia de la esfera de la producción socializada, y considera que los cambios en la esfera de la producción conllevarán a la transformación de la vida privada y familiar. Con el capitalismo, el trabajo doméstico se había aislado de la producción socializada de plusvalía, y por tanto, se había devaluado. De este modo, Engels, en *El origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado*, relacionaba la situación de las mujeres con el desarrollo del capitalismo y

---

11. Romero Pérez, R., *En torno al pensamiento crítico: Michel Foucault y la teoría feminista*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2003, p. 220.

argumentaba que para su liberación era necesario, además de la revolución socialista, que trabajasen fuera del hogar.

Sin embargo, a esto nos dice Rosalía Romero que

[...] Zaretsky responde que el trabajo de las amas de casa y madres no sólo se devaluó por no generar plusvalía en el ámbito de la producción capitalista, sino que su situación se agravó con la nueva responsabilidad de mantener y cuidar la esfera emocional y psicológica dentro del restringido espacio familiar, como consecuencia de la creciente y exacerbada separación de lo público y lo privado. Por consiguiente, para las mujeres el “trabajo” y la “vida” en la familia no son dos esferas independientes la una de la otra, sino que constituyen una unidad.<sup>12</sup>

c) Desde otra perspectiva, C. Delphy apunta que el modo de producción capitalista es posterior al modo de producción patriarcal. «Un modo de producción es un modelo abstracto que Delphy define como un conjunto de relaciones de producción. La relación de producción está determinada por la posición en que se encuentra el individuo con respecto a la propiedad de los medios de producción».<sup>13</sup> En sentido marxista, esta relación es la que determina que varones y mujeres pertenezcan a clases sociales diferentes. Hombres y mujeres no pertenecen a la misma clase social, aunque haya mujeres que, realizando trabajos asalariados, tengan una posición de clase dentro del sistema capitalista. Esta autora expone que quienes afirman que la mujer pertenece a la misma clase social que su marido, están planteando la cuestión en términos de nivel de vida y de medio social, y lo que es necesario es plantear el problema en términos de relaciones de producción. El hecho de que el trabajo doméstico no esté remunerado constituye el elemento esencial que determina la relación de producción en que se encuentran las mujeres. Su trabajo carece de valor porque no es objeto de intercambio.

Las mujeres no están excluidas de la economía porque su trabajo carezca de valor. Sino que como no pueden vender su trabajo, ni siquiera lo poseen, mientras que los hombres venden su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Es el hombre (o en este caso, el marido), el que se apropia de la plusvalía del trabajo doméstico. Si se contabilizan en términos de mercado, en relación con la manutención que recibe, etc., los servicios del ama de casa producen un excedente.

---

12. Romero Pérez, R., *En torno al pensamiento crítico: Michel Foucault y la teoría feminista*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2003, p. 222.

13. Romero Pérez, R., *En torno al pensamiento crítico: Michel Foucault y la teoría feminista*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2003, p. 226.

En resumen, los tres modelos de interpretación economicista que hemos analizado, según Rosalía Romero, pueden sintetizarse en que: Engels ve el problema de la mujer en la propiedad privada, Zaretsky en la separación de lo público y lo privado (cuya aparición recae sobre el capitalismo), y Delphy en las relaciones de producción que definen a las mujeres como amas de casa.

Para concluir este apartado, cabe hacer una mención al feminismo radical estadounidense de los años setenta, donde encontramos una contrapartida al economicismo. S. Firestone escribe en *La dialéctica del sexo*, sobre la necesidad de abolir la institución familiar por tener un marcado carácter opresor para las mujeres.

La lógica del patriarcado es para las mujeres previa y más importante que la del capital. [...] La división sexual del trabajo es consecuencia de la explotación de las mujeres por parte de los hombres en el seno de la familia y tiene su reflejo en el mercado, donde las mujeres desempeñan empleos que constituyen una prolongación de las tareas que tradicionalmente realizan en el hogar, constituyéndose un círculo vicioso: al ser responsables del trabajo doméstico, ocupan posiciones subsidiarias en el mercado de trabajo, y ello refuerza, a su vez, la dependencia de la familia. Por ello, la desaparición del capitalismo no garantizaría el fin de la opresión de las mujeres, porque es la estructura familiar la base de la psicología del poder.<sup>14</sup>

Rosalía Romero explica que para Firestone, el análisis marxista es demasiado economicista, por lo que propone una nueva definición de materialismo histórico que integre la dialéctica del sexo. La dualidad de sexos tiene su origen en la biología, en las diferentes funciones que hombres y mujeres desempeñan en la reproducción. De esta diferenciación biológica nacieron las clases sexuales. La división reproductiva natural llevó a la primera división laboral. «La base material del patriarcado es el trabajo que hacen las mujeres al reproducir la especie. En la familia biológica encontramos la interdependencia madre e hijo, determinando este hecho la psicología de ambos y poniéndose en ella, también, de manifiesto la subordinación de las mujeres a su biología».<sup>15</sup>

Por un lado, Firestone supone una contrapartida al economicismo fundado en *El Origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, por otro lado, tiende una mano al biologicismo expreso en el pensamiento marxista original, cuyo naturalismo

---

14. Castaño Collado, C., «Economía y género», *Revista Política y Sociedad*, núm. 32 (1999), pp. 23-42.

15. Romero Pérez, R., *En torno al pensamiento crítico: Michel Foucault y la teoría feminista*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2003, p. 232.

constituyó la base para no tener que explicar la división sexual del trabajo como un hecho social. En definitiva, en opinión de Rosalía Romero, el biologicismo explícito de Firestone le imposibilitará detectar qué condiciones de la estructura social generan la división del trabajo en función del sexo.

Finalmente, Rosalía Romero afirma que ni el economicismo ni el biologicismo feministas han cuestionado la primacía del “paradigma de la producción” dentro de las teorías marxistas. Así se permiten examinar el mundo de la reproducción con los mismos instrumentos metodológicos que el ámbito de la producción y, viceversa, analizar el mundo de la producción con el mismo baremo que el utilizado para la reproducción. Explica que a este mecanismo lo ha llamado Celia Amorós el «“paralogismo de la producción-reproducción”, que consiste en aplicar, ilegítimamente, a la reproducción, en cuanto que es reproducción de la producción, las mismas categorías y los mismos instrumentos de análisis que han sido elaborados para el ámbito de la producción».<sup>16</sup>

---

16. Romero Pérez, R., «Filosofía, feminismo y democracia en España», *Investigaciones Feministas*, núm. 2 (2011), p. 340.

### **III. Estado actual.**

En nuestro tiempo, puede seguirse considerando que Foucault es un gran impulsor que promueve la producción de nuevas ideas. Hoy en día, donde podemos ver con mayor claridad la aplicación de su análisis del poder en relación con el problema concreto de la mujer es en la teoría queer y en los llamados feminismos foucaultianos, que, aunque él no se catalogara como feminista, desarrollaron posteriormente las ideas de nuestro autor.

#### **1. Teoría Queer.**

La teoría queer es un conjunto de ideas que se basa en establecer que tanto el género, como las identidades y orientaciones sexuales de las personas son resultado de una construcción social y, como consecuencia, son variables. Tanto para la teoría queer como para Foucault, no están biológicamente o esencialmente inscritos en la naturaleza humana. A su vez, el término “queer” se define en contraposición a lo normal o normalizador. En palabras de Tamsin Spargo, «lo queer está en perpetua discordancia con lo normal, con la norma, sea esta la heterosexualidad dominante o la identidad gay/lesbiana. En una palabra, es definitivamente excéntrico, a-normal».<sup>17</sup>

Aunque la teoría queer no fue objetivo del pensamiento de Foucault, ésta lo ha tomado como base a la hora de desarrollar ideas relativas a la sociedad y a la sexualidad. Lo llamativo de Foucault para esta teoría es cómo intentaba poner de manifiesto que un sujeto es la construcción de ese momento, sociedad o cultura específicos, ya que, como veremos posteriormente en estas páginas, la verdad, el discurso y el sujeto, vienen dados por construcciones que tienen un momento y determinados intereses. El conocimiento, al tener un carácter cultural, contribuye a que persistan determinadas relaciones de poder.

Desde la época de los noventa, nos dice Spargo, se han multiplicado los autores queer a un ritmo vertiginoso. Muchos de ellos han continuado el proyecto de Foucault, centrándose en los mecanismos de las formaciones culturales específicas y en las relaciones de poder, y también explorando las diversas formaciones de las

---

17. Spargo, T., *Foucault y la teoría queer*, Barcelona, Gedisa, 2007, p. 53.

diferentes identidades sexuales en el pasado y en el presente. Por ejemplo, los estudios de David Halperin sobre la sexualidad en la Grecia clásica y en la propia obra de Foucault.

Esta teoría «critica las clasificaciones sociales de la psicología, la filosofía, la antropología y la sociología tradicionales, basadas habitualmente en el uso de un solo patrón de segmentación —sea la clase social, el sexo, la etnia o la nacionalidad poscolonial— y sostiene que las identidades sociales se elaboran de manera más compleja como intersección de múltiples grupos, corrientes y criterios».<sup>18</sup> Por otra parte, también se opone a la idea de género: todas las identidades son igualmente anormales. Pero, en su concepción clásica, el género únicamente distinguía entre lo normal y lo anormal. Dicha distinción venía dada por la burguesía, quien estableció un modelo de estructura familiar, orden social y sistema educativo.

Finalmente, la teoría queer rechaza igualmente la clasificación de los individuos en categorías universales y fijas, como "varón" o "mujer", "heterosexual" u "homosexual", "transexualidad" o "travestismo", pues considera que están sujetas a restricciones impuestas por una cultura en la que la heterosexualidad es obligatoria, y sostiene que estas categorías esconden un número enorme de variantes.

## **2. Feminismo foucaultiano: Judith Butler.**

El feminismo foucaultiano tiene actualmente, como máxima exponente, a Judith Butler, reconocida como la autora que más se identifica con el pensamiento de Foucault. Uno de sus textos, el *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, es considerado como el que ha tenido más influencia dentro de la teoría queer. Esta autora extiende la obra de Foucault relacionándola con las teorías feministas del género. Su intención es examinar los modelos naturalizados y normativos del género y la heterosexualidad.

Al movimiento feminista, según nos dice Spargo, le intranquilizaba que se pudiera subestimar la importancia que el género tiene, y ante esto, «Butler le devuelve al género su posición central en el análisis de los deseos y relaciones sexuales, pero

---

18. Kosofsky Sedgwick, E., «A queer y ahora», en Mérida Jiménez, R. (ed.), *Sexualidades transgresoras, una ontología de estudios queer*, Barcelona, Icaria, 2002, pp. 24-54.

no para preservarlo como fundamento de la solidaridad política. Adopta, por el contrario, el argumento foucaultiano según el cual la sexualidad se produce discursivamente, y lo extiende para incluir el género». <sup>19</sup> Butler se opone al supuesto de que la categoría identitaria de “mujer” pueda ser la base de la política feminista, razonando que las tentativas de presentar cualquier identidad como fundamento, reforzarán las estructuras normativas binarias de las relaciones sexuales y de género vigentes. De esta manera, los feminismos foucaultianos que parten de la comprensión constructivista de la sexualidad, niegan rotundamente cualquier esencialismo o identidad socialmente construida que defina a las mujeres como grupo. En el constructivismo, se parte de la idea de que la sexualidad es fundamentalmente histórica y no puede entenderse puramente a partir de la biología.

El género, hoy en día, está organizado con discursos en torno a la heterosexualidad, que se impone como la norma de lo humano, atacando la homosexualidad a través de tabúes. El resultado es una falsa conexión que une a un determinado género al sexo biológico que “le corresponde”. Pero, según Butler, las conexiones entre sexo y género no son naturales ni evitables.

Tanto para Foucault como para Butler, el sexo es una categoría ficticia. El cuerpo es sexuado a través de procesos culturales que se valen de la producción de sexualidad para extender y fortalecer relaciones de poder. Entonces, bajo este razonamiento, para ella, si la sexualidad es un constructo cultural, y si, el género está culturalmente producido, no debemos suponer que existe el sexo concebido como una oposición binaria entre el varón y la mujer.

Como se crea el efecto del género, para Butler, es mediante la repetición estilizada de actos, gestos y movimientos corporales específicos. Obtenemos nuestra identidad de género mediante esos patrones culturales. Así, el género es una performatividad o proceso de repetición. Esta teoría de la performatividad es una de las ideas más influyentes que surgieron de la teoría queer y destruye las bases de los movimientos políticos cuya meta es liberar las naturalezas reprimidas u oprimidas, pero ofrece, no obstante, posibilidades de resistencia y subversión, clausuradas por la política identitaria.

---

19. Spargo, T., *Foucault y la teoría queer*, Barcelona, Gedisa, 2007, p. 68.

## IV. Discusión y posicionamiento

### 1. El poder en Foucault.

#### *Contextualización.*

Michel Foucault determinó que ninguna de las dos herencias que teníamos en ese momento (el fascismo y el estalinismo), permitían analizar el problema del poder, puesto que no se había percibido este problema más que a partir de esquemas económicos. Sin embargo, en el siglo XX se descubrió que se pueden resolver todos los problemas económicos, pero los problemas de poder permanecen.

Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría nos cuentan que para Foucault, el problema del poder comenzó a aparecer en plena desnudez hacia el año 1955. Foucault diría que

[...] hasta entonces, se había podido creer -y esto es lo que contaban los marxistas- que si se había producido el fascismo y sus excesos de poder, si se habían podido producir los excesos del estalinismo, ello se debía en último término a las dificultades económicas por las que había atravesado el capitalismo a partir de 1929.<sup>20</sup>

Pero, Foucault observó que en la guerra de Argelia, el capitalismo francés no necesitaba mantener la colonización argelina, lo cual le dio lugar a pensar que más allá de los problemas económicos existen mecanismos de poder que siguen su propia lógica.

Por otra parte, las obras de este autor tratan de destacar la idea de que la historia permite comprendernos a nosotros mismos y no sólo explicar las condiciones que han hecho posible el presente. Con esto, podemos determinar si somos o no una simple contingencia histórica, y por tanto abrir la vía a nuevas prácticas de libertad. La lucha por la libertad es representada en Foucault de tres formas: contra la explotación económica, contra la dominación y contra el sometimiento de los sujetos. Él se centrará en las dos últimas.

---

20. Foucault, M., *Historia de la sexualidad, 1. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 2005, p. IX.

En cuanto al problema de la minusvaloración de la mujer, que es el área en el que centraremos la aplicación del análisis del poder de Foucault, podemos decir que este autor estaba especialmente interesado en contribuir a aportar herramientas de análisis a los movimientos feministas, y también a los homosexuales. Afirmaba que «lo que le parece creativo e interesante de los movimientos de las mujeres es que, por lo general, no reivindican la especificidad de su sexualidad, no exigen unos derechos vinculados a ella, lo que les permite operar un descentramiento en relación con la cuestión sexual y buscar nuevas formas de comunidad, de coexistencia y de disfrute».<sup>21</sup>

Por último, añadir que

[...] Foucault se manifiesta en contra de toda teoría del poder excluyente, centrada en la definición del mismo a partir de los mecanismos de negación y exclusión. En consecuencia, el intento de explicar el poder pasa necesariamente por analizar cómo este produce las realidades entre las que nos desenvolvemos y de qué manera llega a construir, en paralela medida, nuestra propia identidad individual.<sup>22</sup>

### *Concepto.*

En *La voluntad de saber* Foucault explica qué es el poder, a su parecer. Por poder no entiende un conjunto de instituciones y aparatos que garantizan la sujeción de los ciudadanos en un Estado determinado. Tampoco lo entiende como un sistema general de dominación ejercida por un elemento o un grupo sobre otro, sino que es una situación estratégica compleja en una sociedad dada. Según él, por poder hay que entender la multiplicidad de las relaciones de fuerza inmanentes y propias del campo en el que se ejercen y que forman su organización.

Este autor establece proposiciones sobre el poder que dejan en evidencia sus grandes diferencias con la concepción marxiana que hemos visto anteriormente:

- El poder no se adquiere. Se ejerce a partir de innumerables puntos, y en el juego de relaciones móviles y no igualitarias. No es algo que posea una clase dominante.

---

21. Foucault, M., *Historia de la sexualidad, 1. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 2005, p. XXXVII.

22. Fernández Agis, D., «Juicio político, juicio moral y poder», *Areté: revista de filosofía*, núm. 2 (2010), p. 294.

- Las relaciones de poder no están en posición de exterioridad respecto de otros tipos de relaciones, sino que son immanentes. Las posiciones de poder no proceden de la infraestructura y tienen un papel productor. Para Foucault, es un error tratar de explicar todos los fenómenos de las sociedades modernas como consecuencia del capitalismo, de la economía. Esta crítica hace que elimine la idea de construir una teoría del poder. «Una teoría del poder implicaría entender que éste parte de un punto concreto y en un momento históricamente dado».<sup>23</sup> Por ello, nuestro autor denomina su reflexión “Analítica del poder”.

- El poder tiene un funcionamiento reticular. No hay una posición dual de dominadores y dominados en el principio de las relaciones de poder, sino que recorren el conjunto del cuerpo social. Actúan en los aparatos de producción, las familias, los grupos restringidos y las instituciones.

- Las relaciones de poder son a la vez intencionales y no subjetivas. Citando aquí a Domingo Fernández Agis, podemos decir que la intencionalidad a la que aquí apela Foucault «no es entendida en la acepción clásica del término, porque detrás del poder no hay un sujeto ni una conciencia».<sup>24</sup> Por esta causa, el poder no resulta de la decisión de un Estado mayor, ni una casta, ni los que toman decisiones económicas. Es en las tácticas, que se encadenan unas a otras, donde reside la racionalidad del poder. Se solicitan mutuamente y se propagan, dibujando dispositivos de conjunto cuando encuentran en otras partes sus apoyo.

- Donde hay poder hay resistencia. Los puntos de resistencia están presentes en todas partes dentro de la red de poder, y nunca existen fuera de las relaciones de poder. Pocas veces hay grandes rupturas radicales, sino puntos de resistencia móviles y transitorios, que introducen en una sociedad líneas divisorias que se desplazan rompiendo unidades y provocando reagrupamientos. A su vez, Foucault habla de cómo, tras cada acto de resistencia hay una voluntad de revolución escondida. Pero, insiste en que «el primer acto revolucionario es vomitar el socialismo soviético; es ahí donde, a su juicio, empieza la revolución y nos dice, además, que lo que se opone

---

23. Romero Pérez, R., *En torno al pensamiento crítico: Michel Foucault y la teoría feminista*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2003, p. 236.

24. Fernández Agis, D., «Juicio político, juicio moral y poder», *Areté: revista de filosofía*, núm. 2 (2010), p. 297.

más a la desigualdad no es la igualdad, sino la diferencia. Desde su perspectiva, la igualdad es la positividad sin afirmación».<sup>25</sup> Finalmente, cabe destacar que para este autor existen dos modos de resistencia: por un lado, una forma mínima, que consiste en decir “no”, y, por otro lado, un proceso de creación. Esta última forma es a la que se refiere cuando habla del movimiento gay.

### *Discursos, sexo y verdad.*

Foucault establece que el sexo «participa del poder público; exige procedimientos de gestión; debe ser asumido por los discursos analíticos»<sup>26</sup>. Hay una necesidad de reglamentar el sexo mediante discursos útiles y públicos, pero este hecho no supone el rigor de una prohibición.

Nuestro autor critica a Reich y a Marcuse, por haber establecido que el elemento clave de la cultura burguesa es la idea de la represión de la sexualidad, ya que en su opinión desde el siglo XVIII el sexo no ha dejado de provocar una especie de excitación en el discurso, el cual se ha generalizado. En vez de ocultar el sexo, se han dispersado los aparatos inventados para hacer hablar del sexo siempre, instaurándolo de esta manera como “el secreto”. Lo que se busca, en el fondo, es enmascararlo. Dice así que, «jamás las instancias de poder pusieron tanto cuidado en fingir que ignoraban lo que prohibían».<sup>27</sup> De esta manera, frente a la idea de represión, explica que lo que en realidad sucede es una serie de operaciones que pretenden centrar sobre la sexualidad todo un dominio específico de técnicas de construcción del saber y de control social.

El sexo ha sido una cuestión de verdad y de falsedad. El empeño en que permanezca en secreto radica en que, según la tradición, perdería su eficacia y su virtud si fuera divulgado. Por este mismo motivo, la confesión se convirtió, en Occidente, en una de las técnicas más altamente valoradas para producir lo verdadero, y el sexo, su tema privilegiado. Foucault expone que la confesión se le arranca al cuerpo cuando no es espontánea ni impuesta por algún imperativo interior.

---

25. Fernández Agis, D., «La textura de lo inaprensible. Una aproximación a Michel Foucault», en Fernández Agis, D. y Sierra, A. (eds.), *Aproximaciones a la filosofía francesa del siglo XX*, Barcelona, Laertes, 2010, p. 41.

26. Foucault, M., *Historia de la sexualidad, 1. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 2005, p. 25.

27. Foucault, M., *Historia de la sexualidad, 1. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 2005, p. 51.

Él formula que hoy en día, la obligación de confesar, nos llega desde puntos diferentes, y,

[...] está ya tan profundamente incorporada a nosotros, que no la percibimos ya como el efecto de un poder que nos constriñe; al contrario, nos parece que la verdad, en lo más secreto de nosotros mismos, sólo “pide” salir a la luz; que si no lo hace es porque una coerción la retiene, porque la violencia de un poder pesa sobre ella, y no podrá articularse al fin sino al precio de una especie de liberación.<sup>28</sup>

Entonces, la confesión le promete la salvación al confesante y lo purifica. Aquí el que escucha y calla no es el coaccionado, pues la instancia de dominación está de su lado. La coerción recae sobre el que habla, sobre el que pronuncia una respuesta, no sobre el que interroga.

En *Verdad, genealogía y poder*, Domingo Fernández Agis expresa que «en nuestras sociedades, se ha creado un entramado estratégico que intenta hacer que el individuo llegue a vincularse cada vez más con su verdad.<sup>29</sup> El propósito de esto, bajo su opinión, es:

1. Que se cree una vinculación del individuo con la obligación de decir la verdad sobre sí mismo.
2. Que esa enunciación de la verdad funcione en las relaciones de un individuo con los otros.
3. Que cada cual quede obligado por esa verdad y por el hecho de que esa verdad haya sido dicha.

Para Foucault, las verdades satisfacen las necesidades del poder. No existe la verdad absoluta, sino únicamente verdades diferentes acerca de la realidad en momentos particulares.

*Saber y poder.*

---

28. Foucault, M., *Historia de la sexualidad, 1. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 2005, p. 63.

29. Fernández Agis, D., «Foucault: verdad, genealogía y poder», *Revista Laguna*, núm. 23 (2008), p. 27.

El saber se constituye en uno de los medios por los cuales se construyen las relaciones de poder. Como ya hemos visto, los discursos (desde los científicos hasta los de la vida cotidiana) juegan un papel esencial porque los saberes se producen y se comparten a través de ellos. En lo que la gente dice y escribe es donde se decidirá lo que consideramos verdad, y, por tanto, legítimo.

De esta manera, el poder es indisociable del saber, y la búsqueda de la verdad es un tema decisivo. En el mismo sentido, «producir la verdad es en cierta manera producirnos en la verdad, construir nuestro ser y nuestro existir en el interior de las fronteras que definen lo verdadero».<sup>30</sup> A raíz de este asunto, Foucault nos dice que a partir del siglo XVIII podemos distinguir cuatro grandes conjuntos estratégicos que despliegan a propósito del sexo dispositivos específicos de saber y de poder:

- Histerización del cuerpo de la mujer. El cuerpo de la mujer fue analizado como cuerpo íntegramente saturado de sexualidad. Se integró en el campo de las prácticas médicas bajo el efecto de una patología que le sería intrínseca.

- Pedagogización del sexo del niño. Los niños son susceptibles de entregarse a una actividad sexual. Los padres, educadores, familias, médicos y psicólogos deben vigilar esa actividad “contra natura” que supone un germen sexual peligroso para el individuo y la colectividad.

- Socialización de las conductas procreadoras. Es la socialización económica a la fecundidad de las parejas, socialización política por la responsabilización de las parejas respecto del cuerpo social entero, y socialización médica, en virtud del valor patógeno, para el individuo y la especie, prestado a las prácticas de control de los nacimientos.

- Psiquiatrización del placer perverso. El instinto sexual fue aislado como instinto biológico y psíquico autónomo. Se hizo el análisis clínico de todas las formas de anomalías que pueden afectarlo y se le otorgó un papel de normalización y patologización de la conducta entera. Finalmente, se buscó una tecnología correctiva de dichas anomalías.

---

30. Fernández Agis, D., «Foucault: verdad, genealogía y poder», *Revista Laguna*, núm. 23 (2008), p. 19.

### *Derecho de muerte y poder sobre la vida.*

Tanto en la forma moderna como en su antigua forma absoluta, dice Foucault, que el derecho de vida y muerte es un derecho disimétrico. El poder era ante todo, derecho de apropiación (en todos los ámbitos) y concluía en el privilegio de apoderarse de la vida para suprimirla. Desde la edad clásica, en Occidente el derecho de muerte tendió a desplazarse hacia un poder que administra la vida. Sin embargo, a partir del siglo XIX las guerras fueron más sangrientas, y la explicación que de esto ofrece Foucault es que,

[...] ese poder de muerte -y esto quizás sea lo que le da parte de su fuerza y del cinismo con que ha llevado tan lejos sus propios límites- parece ahora como el complemento de un poder que se ejerce positivamente sobre la vida, que procura administrarla, aumentarla, multiplicarla, ejercer sobre ella controles precisos y regulaciones generales.<sup>31</sup>

Es decir: en nombre de la necesidad que tienen de vivir, se educa a las poblaciones para que se maten mutuamente. Es legítimo matar a quien representa un peligro biológico para los demás.

Esto está directamente relacionado con lo que Foucault llama “poder biopolítico”, y lo ilustra de la siguiente manera:

por primera vez en la historia, sin duda, lo biológico se refleja en lo político; el hecho de vivir ya no es un basamento inaccesible que solo emerge de tiempo en tiempo, en el azar de la muerte y su fatalidad; pasa en parte al campo de control del saber y de intervención del poder. Este ya no tiene que vérselas solo con sujetos de derecho, sobre los cuales el último poder es la muerte, sino con seres vivo, y el dominio que pueda ejercer sobre ellos deberá colocarse en el nivel de la vida misma.<sup>32</sup>

Por otra parte, Foucault nos advierte que lo que entendemos como “paz civil” no es más que un espejismo, ya que «todo lo que compone la “paz civil” en un sistema político, no es sino la continuación de la guerra, que se torna cotidiana y perenne»<sup>33</sup>.

---

31. Foucault, M., *Historia de la sexualidad, 1. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 2005, p. 145.

32. Fernández Agis, D., «Foucault y Derrida, dos formas de analizar la textura del poder», en Fernández Agis, D. y Sierra, A. (eds.), *La biopolítica en el mundo actual. Reflexiones sobre el Efecto Foucault*, Barcelona, Laertes, 2012, p. 196.

33. Castellanos Llanos, G., «Género, poder y postmodernidad: hacia un feminismo de la solidaridad», en G. Luna, L. y Vilanova, M. (Comps.), *Desde las orillas de la política: Género y poder en América Latina*,

Desde esta perspectiva, aunque los combates no sean encarnizados, en nuestra civilización la guerra es el estado normal de cosas, razón por la que el poder rara vez conduce a victorias o derrotas descomunales.

Como participa de la regulación de las poblaciones, «el sexo es, a un tiempo, acceso a la vida del cuerpo y a la vida de la especie. Es utilizado como matriz de las disciplinas y principio de las regulaciones».<sup>34</sup> Por ello, en el siglo XIX, la sexualidad es perseguida hasta en el más ínfimo detalle y amaestrada.

El dispositivo de la sexualidad es el nombre que le pone Foucault al saber-poder, que es fruto de la analítica del sexo y el poder. El dispositivo de sexualidad creó el elemento imaginario del sexo y provocó su deseo, uno de sus más esenciales principios de funcionamiento. Este acontecimiento causó el deseo de acceder y descubrir el sexo, de elaborar discursos en su nombre, y por consiguiente, de establecerlo como verdad. Cuando creemos que afirmamos los derechos de nuestro sexo contra todo poder, en realidad nos ata al dispositivo de sexualidad.

Por consiguiente, contra el dispositivo de sexualidad, el punto de apoyo del contraataque deben ser los cuerpos y los placeres, y no el sexo-deseo, que está inducido por efectos de poder. El dispositivo de sexualidad nos engaña haciéndonos creer que nos libera. Derrida, apropiándose de las reflexiones de Foucault, establece que:

[...] la producción del placer está vinculada a estrategias de poder; en consecuencia, en sí misma, no nos libera sino que más bien tendríamos que pensar que nos somete con engañosas cadenas. Se entiende así la insistencia de Foucault en la exploración de nuevas formas de placer, capaces tal vez de ayudarnos a contornear la influencia del poder que, desde el orden social, se ejerce sobre cada uno de nosotros.<sup>35</sup>

*Relaciones de poder: algo necesario.*

A pesar de todo esto, hay que puntualizar que Foucault no ha querido decir que

---

España, Universidad De Barcelona, 1996, p. 24.

34. Foucault, M., *Historia de la sexualidad, 1. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 2005, p. XXVII.

35. Fernández Agis, D., «Más allá del principio del poder. Placer, poder y lógica canibalística», *Revista Internacional de Filosofía*, Suplemento 4 (2011), p. 298.

todas las relaciones de poder sean malas y haya que erradicarlas. A su juicio, una relación de poder sería más aceptable en la medida en que la parte de autogestión que hubiese en ella fuera mayor. Sin embargo, no deja de aclarar que en determinados campos, como por ejemplo, el de la relación entre profesor y alumno, la autogestión no funcionaría. En ese caso la interacción va desde el que sabe más al que sabe menos y, por lo tanto, es necesariamente desequilibrada. Esto le lleva a plantearse que la cuestión debe ser analizada de forma empírica caso por caso.

Por otra parte, revela que «no existe ninguna sociedad que pueda haberse constituido ni subsistir sin relaciones de poder. Es imposible, por tanto, vivir fuera o situarse al margen de las relaciones de poder, ya que son ineludibles. Si bien esto no significa que no podamos tener una actitud crítica frente a ellas. A su modo de ver, el intelectual ha de mantener esa actitud crítica, pese a la dificultad que conlleva encontrar el modo adecuado de realizar ese trabajo, más allá de un nivel superficial».<sup>36</sup>

## **2. Foucault y el feminismo.**

### *Movimientos de mujeres.*

Para Foucault la sexualidad ha constituido un instrumento de esclavitud desde hace mucho tiempo, pero, en el siglo XIX, aparecen los movimientos de liberación de las mujeres, que llegaron a un desplazamiento con relación a la centralización sexual y reivindicaron formas de cultura, de discurso y de lenguaje, que desafiaban las ataduras a las que estaban sometidas. A partir de los movimientos sociales que emergieron en la década de los años setenta, brotaron convergencias entre Michel Foucault y la teoría feminista. No obstante, el pensamiento de Foucault no es un pensamiento feminista y, de hecho, su androcentrismo es una elección, y no fruto de un desconocimiento. Pero, si su obra es considerada como una caja de herramientas, tal y como él quería, sus análisis son útiles para esta labor.

Una de las contribuciones más notables de nuestro autor a estos movimientos es su explicación de la relación entre poder y conocimiento. Como ya hemos descrito, para éste la relación de poder no es nunca separable del conocimiento porque dentro

---

36. Fernández Agis, D., «Foucault: verdad, genealogía y poder», *Revista Laguna*, núm. 23 (2008), p. 37.

de cada sociedad hay un régimen de verdad con sus mecanismos propios para producirla.

En opinión de Patricia Amigot Leache y Margot Pujal i Llombart,

[...] a partir de *Historia de la sexualidad* las mujeres adquieren otro estatuto y densidad como objeto de análisis. El cuerpo femenino aparece en adelante como un espacio estratégico, blanco de ejercicio del biopoder y sujeto a un proceso progresivo de objetivación y de control por parte de los discursos médicos y psicológicos. Es lo que denomina histerización del cuerpo de la mujer. La medicalización minuciosa del cuerpo femenino, como señala en *La Voluntad de saber*, se vincula asimismo con la responsabilidad exigida a las mujeres de velar por la salud de los niños, la solidez de la institución familiar y la salud de la sociedad.<sup>37</sup>

Sin embargo, como hemos mencionado, para Foucault no existe una dualidad de dominador y dominado, y, consecuentemente, tampoco una relación jerárquica entre los sexos. Rosalía Romero Pérez nos dice que por este motivo, «al examinar las luchas contra la autoridad, la oposición al poder de los hombres sobre las mujeres, de los padres sobre sus hijos, de la psiquiatría sobre los enfermos mentales, de la medicina sobre la población, de la administración sobre la manera en que la gente vive, establece un denominador común a todas».<sup>38</sup> Bajo sus palabras, dicho denominador decreta que:

1) Son luchas “transversales”. Es decir, que no se restringen a un tipo particular de gobierno político o económico.

2) El objetivo de estas luchas es combatir los efectos de poder en tanto que tales. Por ejemplo, el reproche que se hace a la profesión médica no es en principio ser una empresa con fines lucrativos, sino ejercer sin control un poder sobre los cuerpos, la salud, sobre los individuos, su vida y su muerte.

3) Son luchas “inmediatas”, y esto se debe a que la gente critica las instancias de poder que están más próximas a ellos, al enemigo inmediato. No consideran que la solución a su problema pueda residir en una promesa de liberación, de revolución, en el fin del conflicto de clases.

---

37. Amigot Leache, P. y Pujal i Llombart, M., «Ariadna danza: lecturas feministas de Michel Foucault», *Revista de Pensamiento e Investigación Social*, núm. 9 (2006), p. 105.

38. Romero Pérez, R., *En torno al pensamiento crítico: Michel Foucault y la teoría feminista*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2003, p. 100.

4) Son luchas que ponen en cuestión el estatus del individuo: por un lado, afirman el derecho a la diferencia y señalan todo lo que puede volver a los individuos verdaderamente individuales. Por otro lado, atacan todo lo que puede aislar a los individuos, dividir la vida comunitaria y sujetar al individuo a su propia identidad. Se opone a la táctica individualizante que se preocupa de cada individuo particular, ejercida por diversos poderes: el de la familia, el de la medicina, el de la psiquiatría, el de la educación, etc.

5) Estas luchas oponen una resistencia a los efectos de poder que están ligados al saber, a la competencia y a la cualificación.

6) Todas las luchas actuales son un rechazo de la violencia ejercida por el Estado económico e ideológico que ignora quiénes somos nosotros individualmente, y también un rechazo de la inquisición científica o administrativa que determina nuestra identidad, que clasifica a los individuos en categorías, y transforma a los individuos en sujetos. Esta autora aclara que en Foucault hay dos sentidos para el término "sujeto": por una parte, sujeto sumiso al otro por el control y la dependencia, y por otra, sujeto sujetado a su propia identidad por la conciencia o el conocimiento de sí. También, anticipándose a las posibles críticas marxistas, advierte que no se pueden estudiar los mecanismos que forman al sujeto sin tener en cuenta sus relaciones con los mecanismos de explotación y de dominación, pero estos mecanismos sostienen relaciones complejas y circulares con otras formas, no culminan en una forma única.

Otra confluencia entre Foucault y el pensamiento feminista se encuentra en las posturas post-economicistas. Es decir, en la superación de la idea de que todas las desigualdades sociales proceden del sistema capitalista. No se niega aquí la importancia de lo económico, pero no se considera la única causa de desigualdad. Así, la crítica foucaultiana al economicismo y a algunas premisas de las teorías marxistas,

[...] confluye con la que el movimiento feminista ha realizado por su incapacidad de analizar las relaciones sociales de reproducción y la subordinación a la que relega a las luchas que devienen secundarias por vincularse con efectos supraestructurales. Frente a la validez o no del análisis marxista para explicar la opresión de las mujeres, la analítica del poder foucaultiana supone una sacudida desafiante, cuya focalización en las microprácticas sociales la hace

potencialmente valiosa para el pensamiento feminista.<sup>39</sup>

### *Nominalismos.*

Foucault no acepta la existencia de esencias, y si el poder no tiene una esencia, es relación y transversalidad. No tiene un lugar concreto de origen. Este antiesencialismo afecta al individuo, porque el poder lo ha creado y circula a través de él. Como el poder es un elemento inherente al individuo, los sujetos están siempre en situación de ser tanto objeto como sujeto de poder. Sin embargo, Rosalía Romero Pérez afirma que el nominalismo de nuestro autor no puede explicar, por ejemplo, qué tipo de poder es capaz de ejercer una mujer, y esto se debe a que carece de una minuciosa explicación sobre el funcionamiento del sujeto.

Tras esto, alega que,

[...] Foucault no tiene bases para distinguir formas de poder que comportan dominación de aquellas que no la comportan: si el individuo es un sujeto en sentido foucaultiano, es necesario definir la diferenciación existente entre un sujeto hombre y un sujeto mujer, entre un sujeto maestro y un sujeto alumno, entre un sujeto que sabe y un sujeto que no sabe..<sup>40</sup>

Más allá del antiesencialismo de Foucault, es obvio que existe una división entre los individuos en el sistema patriarcal, en hombres y mujeres, pero para él esta división no supone nada, sino que denota un grupo de individuos cuyo denominador común es el sexo biológico. De este modo, «el pensamiento de Foucault se queda “in situ”, bloqueado, en su metodología nominalista; su análisis se ha detenido ante el dato relevante de las diferentes conceptualizaciones esencialistas de los términos “hombres” y “mujeres”». <sup>41</sup> Por tanto, su análisis es insuficiente para investigar como se ejercen las relaciones de poder patriarcales.

A pesar de estas objeciones, al antiesencialismo de Foucault ayudó a poner de manifiesto que las diferencias de roles entre hombres y mujeres no son producto de una esencia invariable, y con ello, ha contribuido a que las luchas feministas establezcan el término “género”. No sólo cada cultura concibe lo que es ser hombre y

---

39. Amigot Leache, P. y Pujal i Llombart, M., «Ariadna danza: lecturas feministas de Michel Foucault», *Revista de Pensamiento e Investigación Social*, núm. 9 (2006), p. 109.

40. Romero Pérez, R., *En torno al pensamiento crítico: Michel Foucault y la teoría feminista*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2003, p. 125.

41. Romero Pérez, R., *En torno al pensamiento crítico: Michel Foucault y la teoría feminista*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2003, p.126.

lo que es ser mujer de una manera distinta, sino que estas concepciones van cambiando con el tiempo.

### *Relaciones de poder y feminismo.*

Otra noción de Foucault que ha sido primordial para el feminismo es la que establece que el poder lo ejercemos todos de forma polifacética en nuestras interrelaciones y que intercambiamos el papel de dominadores y dominados según el tipo de relación que se trate. Por ejemplo, una persona puede ejercer dominación sobre sus trabajadores mientras está subyugada por su cónyuge.

El poder ejercido a través de las prácticas y discursos sociales origina que participen del poder los propios dominados, quienes comparten y repiten las ideas que justifican su propia dominación. “La mejor dominación, la más eficiente, es la que se apoya en miembros del propio grupo subyugado; es por esto que los esclavistas siempre eligen a sus capataces entre los mismos esclavos”.<sup>42</sup> Al usar los discursos y las prácticas que hacen que perdure, se convierten en cómplices de su propia dominación.

En este nuevo panorama sobre las relaciones de poder, Gabriela Castellanos alega que,

[...] las víctimas tradicionales dejan de parecer tan sufridas e inocentes, pues empezamos a descubrir su participación en apoyo a los victimarios. En la medida en que los dominados ejercen un poder sobre sus pares, o cuando aceptan y promueven sus propios roles en las relaciones de poder, ejercen también una auto-dominación, pues contribuyen a la consolidación del poder que los subyuga. Por eso, tanto las mujeres que hacen ciencia partiendo de premisas sexistas, como las que escriben platitudes para las revistas femeninas, o las que emplean los esquemas misóginos de su profesión en lo que dicen o describen, o las que murmuran contra sus vecinas, o las que sencillamente repiten el refrán que apuntala las relaciones tradicionales de género; todas ellas, a la vez que contribuyen a su propia subordinación, están usufructuando el mismo poder que las subyuga como mujeres, compartiéndolo fugazmente, en la medida en que aparecen como aliadas de los dominadores.<sup>43</sup>

---

42. Castellanos Llanos, G., «Género, poder y postmodernidad: hacia un feminismo de la solidaridad», en G. Luna, L. y Vilanova, M. (Comps.), *Desde las orillas de la política: Género y poder en América Latina*, España, Universidad De Barcelona, 1996, p. 25.

43. Castellanos Llanos, G., «Género, poder y postmodernidad: hacia un feminismo de la solidaridad», en G. Luna, L. y Vilanova, M. (Comps.), *Desde las orillas de la política: Género y poder en América Latina*, España, Universidad De Barcelona, 1996, p. 25.

Esta autora opina que con esta nueva perspectiva, la concepción del término "patriarcado" tiene que reevaluarse. Debe pensarse actualmente como la jerarquía de género en la cual prevalece el varón, pero en la que la mujer es cómplice. Para romper su subordinación, la mujer no puede concebirse como una débil víctima, sino que tiene que aceptar que ella misma hace aportaciones para que esa subordinación se mantenga. Pero, con esto no quiere decirse que se deba culpabilizar a los dominados, sino de comprender que la dominación no hay que interpretarla en términos de culpa, porque es precisamente la culpa uno de los mecanismos de dominación.

### *Subjetividad.*

La concepción de la subjetividad como un producto histórico es otra de las aportaciones más importantes de Foucault en el campo de la mujer. Supone la oposición a la universalización, a la idea de una sola razón y de una sola verdad objetiva que tradicionalmente ha sido puesta al servicio de un sujeto masculino de una determinada cultura, raza y clase. No obstante, esa razón universal se derrumba ante los puntos de vista de cualquier otro grupo dominado y, como consecuencia, surge en la época moderna «un nuevo concepto de lo "humano" y una nueva conciencia de sí, y por tanto una nueva manera de conocer y relacionarse con el entorno: una nueva subjetividad».<sup>44</sup> De este modo, la teoría feminista se permite pensar en un saber que incorpore la perspectiva de la mujer.

Gabriela Castellanos explica que Foucault quiere poner de relieve el poder interiorizado, disciplinado y disciplinario de la era moderna, ya que la escuela, el hospital y la prisión tienen por objetivo producir maleabilidad. Para ello, Foucault nos remite al panóptico diseñado por Jeremy Bentham. El objetivo del panóptico es permitir, a partir de una torre central, la vigilancia permanente de múltiples celdas distribuidas en círculo alrededor de la torre. El recluso sabe que siempre está expuesto a ser observado, pero no puede ver a quien lo vigila. El poder de coerción que aquí se da es enorme, pues el individuo que sabe está sometido a vigilancia se convierte en su propio carcelero. Aquí el panóptico deja de ser una estructura física, pasando a

---

44. Castellanos Llanos, G., «Género, poder y postmodernidad: hacia un feminismo de la solidaridad», en G. Luna, L. y Vilanova, M. (Comps.), *Desde las orillas de la política: Género y poder en América Latina*, España, Universidad De Barcelona, 1996, p. 32.

convertirse en una actitud internalizada. Este mismo proceso ocurre, en concreto, en los colegios para adiestrar y corregir a los niños, y, en general, en todo el cuerpo social, formando lo que Foucault denomina “sociedad disciplinaria”.

### *Psicopatologización.*

Como hemos visto con anterioridad, Foucault nos dice que a propósito del sexo se despliegan múltiples discursos, formando dispositivos específicos de saber y poder sobre el cuerpo y constituyendo nuestra subjetividad. Entre ellos se halla el ya mencionado discurso sobre la histerización del cuerpo de la mujer, que es en el que nos centraremos. En él, serán los médicos, psicólogos y psiquiatras los que dirán la verdad sobre el cuerpo de la mujer.

Basándonos en las palabras de la psicóloga Otomie Vale Nieves, podemos decir que,

la psicología es productora de unas formas particulares de pensar lo psicológico (producción de los propios conceptos y de las categorías que dice “describir”: personalidad, desarrollo, psicopatología) y como consecuencia tiene una parte constitutiva en la formación de lo social. En síntesis, que además de ser un producto social, produce determinados contenidos que circularán en el tejido social.<sup>45</sup>

Es de esta manera como el discurso científico perpetúa articulaciones de género y canoniza y naturaliza a un determinado prototipo de ser humano.

La psiquiatría y la psicología han tenido un marcado énfasis en relacionar los órganos reproductivos de las mujeres con explicaciones en torno a su conducta y su subjetividad. Bajo la perspectiva de la autora mencionada, «se reducen las múltiples manifestaciones conductuales de las mujeres a un modelo explicativo que pretende producir relaciones de causalidad entre, por ejemplo, alteraciones de hormonas y conductas de coraje, de rebelión y de supuesta incapacidad para cumplir con las demandas sociales auto impuestas y asumidas como naturales».<sup>46</sup> Así, de esta forma, la función de procrear es el centro de la sexualidad de las mujeres, y cualquier práctica

---

45. Vale Nieves, O., «Foucault, el poder y la psicopatologización de las mujeres: coordenadas para el debate», *Revista Teoría y crítica de la psicología*, núm. 2 (2012), p. 150.

46. Vale Nieves, O., «Foucault, el poder y la psicopatologización de las mujeres: coordenadas para el debate», *Revista Teoría y crítica de la psicología*, núm. 2 (2012), p. 152.

que trasgreda este principio sería susceptible de ser psicopatologizada.

De los ejemplos que trata esta psicóloga, comentaremos El Trastorno Disfórico Premenstrual (TDP). Los criterios diagnósticos necesarios son:

Se requiere la presencia de cinco (o más) de los siguientes síntomas la mayor parte del tiempo durante la última semana de la fase lútea, teniendo en cuenta que uno de los síntomas ha de ser alguno de los cuatro primeros: 1) tristeza, desesperanza o auto desaprobación; 2) tensión, ansiedad o impaciencia; 3) estado de ánimo marcadamente lábil, al que se añade llanto frecuente; 4) irritabilidad o enfado persistente y aumento de los conflictos interpersonales; 5) pérdida de interés por las actividades habituales, a lo que puede asociarse un cierto distanciamiento de las relaciones sociales; 6) dificultad para concentrarse; 7) sensación de fatiga, letargia o falta de energía; 8) cambios acusados del apetito, que a veces pueden acompañarse de atracones o antojos por una determinada comida; 9) hipersomnia o insomnio; 10) sensación subjetiva de estar rebasado o fuera de control, y 11) síntomas físicos como hipersensibilidad o crecimiento mamario, dolores de cabeza o sensación de hinchazón o ganancia de peso, con dificultad para ajustarse la ropa, el calzado o los anillos. También pueden aparecer dolores articulares o musculares, y paralelamente a este cuadro sintomático pueden aparecer ideas de suicidio.<sup>47</sup>

Cada una de estas conductas, que ahora se han convertido en síntomas, refuerza la imagen que se espera de las mujeres: paciencia, estabilidad emocional, desenfado, facilitadora de la comunicación y mediadora de conflictos. Esta medicalización afecta en todos los ámbitos, ya que «la psicologización del yo ha introducido una inédita complejidad en las formas de interacción del sujeto con su entorno. Así, como nos recuerda también Álvarez Uría, “todos formamos parte de un patrimonio colectivo por muy orgullosos que estemos de nuestra singularidad».<sup>48</sup> “Adaptarnos” a ese patrimonio colectivo de la forma más efectiva posible, es lo que la psicología y la psiquiatría dominante persiguen.

### *Resistencias.*

No existen relaciones de poder que no lleven aparejadas alguna forma de resistencia, siendo éstas últimas inevitables. Sucede así porque las resistencias tienen el papel de adversario y objetivo para las relaciones de poder. No obstante, las relaciones de poder pueden llegar a fijarse de manera que los márgenes de acción

---

47. Vale Nieves, O., «Foucault, el poder y la psicopatologización de las mujeres: coordinadas para el debate», *Revista Teoría y crítica de la psicología*, núm. 2 (2012), p. 156.

48. Fernández Agis, D., «Psicologización y sexualización del yo», *La lámpara de Diógenes: revista de filosofía*, núm. 14-15 (2007), p. 117.

estén muy limitados. Son los llamados “estados de dominación”, en los que las relaciones de poder son perpetuamente asimétricas. Por ejemplo ante el poder del hombre, la mujer puede hacer toda una serie de cosas, como engañarlo o rechazarlo sexualmente, pero su estado de dominación hace que esas pequeñas acciones no logren darle la vuelta nunca a la situación.

Todo esto supone una dificultad para las resistencias, ya que los estados de dominación complican que puedan mostrarse efectivas. En esas situaciones, enuncia Foucault, los procedimientos locales de poder son transformados por estrategias globales. En dichos casos, según él, hay una necesidad de procesos de liberación, pero no habla una liberación incuestionable. «Tal empresa, la de una liberación inequívoca, estaría destinada al fracaso, quedando solo las alternativas de la resistencia».<sup>49</sup>

En lo que a la mujer se refiere y a sus formas de resistencia, «podemos incluir las transgresiones de las normas sociales de tipo sexual, transgresiones que pueden ir desde las más leves, como cuando una joven conversa con quien le han prohibido hablar, hasta las más "graves", como las relaciones pre- y extra-maritales».<sup>50</sup> Otra forma de resistencia puede instituirse mediante formas de ocultamiento. Muchas veces, las mujeres se defienden de la dominación negándose a dejarse conocer en su yo más íntimo.

### **3. Críticas y aportaciones.**

Como Foucault no acepta la existencia de esencias, el poder es relación y transversalidad y los sujetos están siempre en situación de ser tanto objeto como sujeto de poder. El sexo biológico es lo único que divide al hombre y a la mujer, sin valorar una diferencia entre los procesos históricos de la producción del cuerpo de ambos, bloqueando de esta manera la posibilidad de investigar esa relación de poder.

---

49. Guerra Palmero, M. J., «Feminismos, bioética y biopolítica. Normatividad social y cuerpos», en Fernández Agis, D. y Sierra, A. (eds.), *La biopolítica en el mundo actual. Reflexiones sobre el Efecto Foucault*, Barcelona, Laertes, 2012, p. 149.

50. Castellanos Llanos, G., «Género, poder y postmodernidad: hacia un feminismo de la solidaridad», en G. Luna, L. y Vilanova, M. (Comps.), *Desde las orillas de la política: Género y poder en América Latina*, España, Universidad De Barcelona, 1996, p. 38.

Sin embargo, no todas las relaciones de poder son similares, ni tienen las mismas consecuencias ni magnitudes, y es indudable que existe una división entre los individuos en el sistema patriarcal que afecta a nivel mundial. De acuerdo con Nancy Fraser, «el problema es que Foucault llama poder a demasiados tipos de cosas diferentes y simplemente deja la cuestión en ese punto. Todas las prácticas culturales comportan compulsiones, pero esas compulsiones son de una variedad de clases diferentes y demandan así una variedad de respuestas normativas diferentes».<sup>51</sup> Fraser comprende que no pueden haber prácticas sociales sin poder, pero no se sigue que todas las formas de poder sean equivalentes ni que cualquier práctica social sea tan buena como cualquier otra.

Desde el feminismo, otra de las críticas a Foucault ha sido «la evanescencia que su conceptualización de poder implicaba para una práctica de denuncia concreta; si el poder no es propiedad de nadie, es problemático imputar su responsabilidad o su abuso a individuos o colectivos. Las instancias de poder, de tan complejas, se desvanecerían».<sup>52</sup>

Foucault nos lleva a un impedimento a la hora de usar conceptos abstractos y genéricos para designar una opresión de grupo, y ello ha generado importantes problemas que afectan directamente a la mujer, como por ejemplo, a la hora de usar el término “patriarcado”. Podemos observar fácilmente que las mujeres no son sujetos de poder, o por lo menos, no en la misma medida que el hombre. Pero Foucault no repara en este aspecto y se centra en el hombre a la hora de identificar a su individuo, porque sólo así es explicable que éste sea tanto sujeto como objeto de poder. Aquí cabría aceptar, en contra de lo que opina nuestro autor, que el poder puede entenderse como el que ejerce un grupo sobre el otro, ya que las mujeres jamás han formado una sociedad de soberanas que ejerza violencia sobre el varón por el simple hecho de serlo y que los relegue a segundo plano, siendo éstos sujetos sujetados.

Este asunto nos lleva directamente al argumento de los estados de dominación de Foucault, donde las relaciones de poder, como ya dijimos, son perpetuamente asimétricas, dejando muy poco margen a las resistencias. Si evaluamos esos estados

---

51. Romero Pérez, R., *En torno al pensamiento crítico: Michel Foucault y la teoría feminista*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2003, p.124.

52. Amigot Leache, P. y Pujal i Llombart, M., «Ariadna danza: lecturas feministas de Michel Foucault», *Revista de Pensamiento e Investigación Social*, núm. 9 (2006), p. 122.

de dominación en la relación patriarcal de forma cuantificable, palparíamos una diferencia abismal en la cantidad de esos estados que recaen sobre el hombre y sobre la mujer, llevándose esta última el número mayor.

No obstante, aceptar que un grupo pueda ejercer poder sobre otro, no es incompatible con la idea de que las relaciones de poder se ejerzan de forma múltiple en otros aspectos de nuestra vida. Simplemente se trata de aceptar que no se ejercen todas de la misma forma ni tienen los mismos impactos. A su vez, el reconocer a la mujer dentro de un grupo dominado, no supone creer en una esencia común inmutable, sino reconocer un problema colectivo, y tratar de buscar soluciones valorando las diferencias que puedan haber como raza, edad, religión, o etnia.

Por otra parte, aunque Foucault tampoco distinga entre los procesos históricos que forman al hombre y a la mujer, no podemos ignorar los procesos de enseñanza que desde el nacimiento se ejercen en las familias, las cuales establecen el papel que le corresponde a cada género. Es desde ese entonces, cuando construiremos nuestra identidad y nuestra forma de ejercer el poder en base al rol que se nos ha asociado, que en el caso de la mujer, es manifiestamente pasivo.

Compartiendo la opinión de Gabriela Castellanos, podemos decir que existen disciplinas que producen una modalidad de adiestramiento corporal que es típicamente femenina. Nos dice que entre ellas, Bartky analiza:

aquellas que buscan producir un cuerpo de una cierta talla y configuración: aquellas que conducen a extraer de este cuerpo un repertorio específico de gestos, posturas, y movimientos: y aquellas que se encaminan a exhibir este cuerpo como una superficie ornamentada.<sup>53</sup>

Es importante resaltar que el panóptico que interioriza la mujer no se limita únicamente a la apariencia, sino que esta limitación lleva implícito un mensaje de censura en el comportamiento sexual, que ha sido opuesto al de los hombres. Así, mientras que la vestimenta de ellos no refleja ningún mensaje sexual, la mujer tiene una amalgama de estilos, maquillajes y peinados que refleja una actitud hacia el hombre (mojigata, provocadora, aburrida, atrevida, etc.).

---

53. Castellanos Llanos, G., «Género, poder y postmodernidad: hacia un feminismo de la solidaridad», en G. Luna, L. y Vilanova, M. (Comps.), *Desde las orillas de la política: Género y poder en América Latina*, España, Universidad De Barcelona, 1996, p. 36.

A pesar de que decidiera no prestarle atención a estos aspectos, éste es un asunto que Foucault ya mencionó en sus estudios de la Grecia clásica: nos dice nuestro autor que en un episodio del diálogo de *La Económica* de Jenofonte, se remite a determinados aspectos de la vida sexual de los esposos, entre ellos al que concierne al maquillaje y los afeites, «tema importante en la moral antigua, ya que el adorno plantea el problema de las relaciones entre la verdad y los placeres, y, al introducir en éstos los juegos del artificio, desdibuja los principios de su regulación natural». <sup>54</sup> Va a haber una preocupación de la mujer por dejar de resultarle atractiva a su marido y ser abandonada por este mismo motivo, ya que, al carecer de conocimientos y las mismas capacidades que el hombre, la apariencia va a ser su principal (si no única) forma de seducción y de relacionarse con él. Pero, por parte del hombre lo que va a surgir es una crítica del maquillaje como engaño, y no se ha de engañar al hombre con el que se vive. El maquillaje se ve como un señuelo en la medida que atenta contra ese principio fundamental del matrimonio.

Esta idea, aunque con algunas variantes, se perpetúa a lo largo de la historia. Podemos verla también, posteriormente, durante los siglos XVII y XVIII. Ya no sólo como una forma de engaño, sino también de manera demonizada bajo la imagen de “la bruja”, caracterizada como una mujer joven, bella y lasciva. Domingo Fernández Agis advierte de que, con frecuencia, en los testimonios conservados se critica el carácter aparente y engañoso de la belleza y juventud de estos seres. Estas características sólo son fruto del poder que la bruja posee, que le permite adoptar la apariencia más adecuada para aprovecharse de las debilidades morales del varón.

[...] con frecuencia la bruja trata de llevarse consigo a algún inocente muchacho, a buen seguro para introducirlo en aquellas prácticas a las que la propia naturaleza de éste le llama y de las que sus tutores espirituales le quieren alejar. Es corriente, en consecuencia, considerar que entre los poderes de las brujas está el presentarse como mujeres jóvenes y bellas ante sus víctimas, convirtiéndolas en seres subyugados por tales encantos, privados de voluntad y fáciles de dominar. No significa esto, como decíamos, que en realidad tengan juventud y belleza, sino que pueden adoptar esos rasgos para seducir con más facilidad a aquellos que caen en sus garras. <sup>55</sup>

En resumen, lo que queremos valorar con esta vista hacia atrás y hacia nuestro presente, es la indudabilidad de cómo los procesos históricos han formado a la mujer y

---

54. Foucault, M., *Historia de la sexualidad, 2. El uso de los placeres*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, p. 175.

55. Fernández Agis, D., «Feminidad y Brujería: del poder de las brujas al embrujo femenino», *Boletín Millares Carlo*, núm. 27 (2008), p. 309.

han incidido sobre su identidad y su forma de estar en el mundo. Las articulaciones entre género y poder son múltiples, y van desde la ropa y el maquillaje, hasta lo más básico de las relaciones sociales. Además, en la actual sociedad de consumo, el punto común de todas las estrategias mediáticas «consiste en generar socialmente, de manera que las mujeres las “incorporen”, un potente sentimiento de desagrado hacia sí mismas. [...] El sentimiento de inadecuación produce una constante angustia ligada a “la culpa” por no ajustarse a los modelos imposibles del imaginario social dominantes de la moda y los *mass media*». <sup>56</sup>

En otro orden de cosas, en lo que a las relaciones de poder respecta, para Foucault hay determinadas relaciones que deben ser desequilibradas porque la interacción va desde el que sabe más al que sabe menos y estos casos deben ser analizados de forma empírica. No obstante, ¿cómo se decide quién sabe más y quién sabe menos? Esta afirmación podría perpetuar el entramado patriarcal en el que la mujer siempre ha tenido que realizar un esfuerzo enormemente superior al del hombre a la hora de demostrar sus conocimientos. También, podría conducir directamente al tutelaje del hombre sobre su mujer, situación que nuevamente este autor describió en sus estudios de la Grecia clásica en *El uso de los placeres*, pero que decidió pasar por alto:

[...] la relación conyugal, a la que el oikos sirve de apoyo y de contexto, toma la forma de una pedagogía y de un gobierno de las conductas. Ahí radica la responsabilidad del marido. Cuando el comportamiento de la mujer, en lugar de ser provechoso para el marido, no le causa más que penas, ¿a quién debe atribuirse la falta? Al marido. <sup>57</sup>

Es por esto que debemos ser sumamente cuidadosos a la hora de promulgar afirmaciones como la que hace Foucault, porque el no especificar en qué circunstancias es adecuado dejar que circule voluntariamente el desequilibrio en las relaciones de poder, puede tener como consecuencia que el que ejerza el poder se adueñe ilegítimamente del papel de dominador bajo este argumento, perpetuando al dominado dentro de una indefensión aprendida.

Por último, apelando a lo que a la práctica se refiere, en la actualidad, podemos

---

56. Guerra Palmero, M. J., «Feminismos, bioética y biopolítica. Normatividad social y cuerpos», en Fernández Agis, D. y Sierra, A. (eds.), *La biopolítica en el mundo actual. Reflexiones sobre el Efecto Foucault*, Barcelona, Laertes, 2012, p. 143.

57. Foucault, M., *Historia de la sexualidad, 2. El uso de los placeres*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, p. 168.

ver que no ha tenido éxito el intento de Foucault de promover un proceso de desexualización, a pesar de que, como explicamos, aclaró las consecuencias de basar la identidad en el sexo. En particular, ha sido el movimiento queer el encargado de realizar estudios que defiendan la disolución de las identidades sexuales: masculina, femenina, homosexual y heterosexual. Ha tratado de sustituir la identidad sexual por la búsqueda de placeres a través de diversas prácticas alternativas, ya que considera que las identidades sexuales son multiplicables y susceptibles de adquirir nuevos significados. Pero, bajo mi parecer, lejos de lograr una disolución de las identidades sexuales, lo que se está logrando es una multiplicación de ellas, que se organizan cada vez en más subgrupos que reclaman contra su posición de exclusión (cosa con la que también estaba en contra nuestro autor). Un ejemplo es el caso de la asexualidad, que ya no sólo solicita su aceptación como tal, sino que ha derivado en cuatro tipos dependiendo de la orientación romántica: asexualidad heteroromántica, asexualidad homoromántica, asexualidad biromántica o asexualidad arromántica.

En otro lugar, la postura de la teoría queer puede llegar a ser contradictoria. El estar en constante discordancia con lo normal, supone el estar en contra de la anormalidad una vez que esa anormalidad sea la normalidad establecida, teniendo que defender la postura antes opuesta, por el simple hecho de que ahora se ha convertido en anormal. Por ejemplo, se pueden poner de moda determinadas prácticas por el hecho de que son anormales, pero, al ser defendidas por una mayoría, automáticamente serían catalogadas de normal. Sin embargo, como la teoría queer siempre tiene que contraponerse a lo normalizador, buscarían la alternativa en la opción antes criticada. Es por esto que más allá de una oposición indiscriminada ante todo lo que no sea excéntrico, debemos buscar liberarnos de coacciones bajo una forma razonada.

Con todo esto, observamos que la teoría queer está lejos de lograr el cometido de Foucault y no resulta una opción eficaz a la hora de acabar con el problema de la minusvaloración de la mujer. También aquí, ante la proliferación de grupos que solicitan un reconocimiento, volvemos a percatarnos de la necesidad de admitir que existen grupos dominados a la vez que sus componentes ejercen otros tipos de relaciones de poder. El ser humano funciona categorizando lo que le rodea, y la solución no está en la eliminación de las etiquetas, que sirven para analizar el mundo, sino en cambiar y eliminar su contenido negativo y peyorativo. El no poder designar algo con un nombre no implica su aceptación. Por el contrario, conlleva el peligro de

no poder reconocer un problema ni tomar medidas para solucionarlo.

Finalmente, dado que hay que buscar otras alternativas que tengan una efectividad práctica, son necesarios nuevos estudios de este tema. Como uno de ellos, propongo un acercamiento entre el pensamiento de Foucault y el marxismo, incorporando así a las relaciones de poder múltiples la aceptación de la existencia de grupos dominados, que tienen problemas en común que requieren la unión de fuerzas, e integrando la economía como uno de los principales problemas que afectan a los cuerpos (en especial los femeninos) en nuestros días. Con ello no queremos decir que las relaciones de dominación entre los sexos se hallen únicamente en atacar instancias como la economía, ya que entenderlo así sería simplificar mucho la opresión de las mujeres, y como ya dijo Foucault, debemos prestar atención a las microprácticas. Pero, el capital, que como tratamos anteriormente, genera inseguridad en la mujer para aumentar el consumo, es uno de los principales beneficiarios de su subyugación, y merece un tratamiento especial.

## V. Conclusión y vías abiertas

Como conclusión, podemos establecer que, de manera somera, el poder foucaultiano se resume en las siguientes características: no es algo que se adquiera ni algo que posea una clase dominante; se ejerce a partir de innumerables puntos y en el juego de relaciones móviles y no igualitarias; las relaciones de poder son inmanentes y no están en posición de exterioridad con respecto de otros tipos de relaciones; el poder funciona en forma de red; no hay una posición dual de dominadores y dominados en el principio de las relaciones de poder, sino que recorren el conjunto del cuerpo social (aparatos de producción, familias, grupos restringidos e instituciones); las relaciones de poder son a la vez intencionales y no subjetivas, pero esta intencionalidad no es entendida en un sentido clásico, porque detrás del poder no hay un sujeto ni una conciencia; la racionalidad del poder reside en tácticas que se encadenan unas a otras, se solicitan mutuamente y se propagan, dibujando dispositivos de conjunto cuando encuentran en otras partes su apoyo; y, por último, donde hay poder hay resistencia a él. Los puntos de resistencia están presentes en todas partes dentro de la red de poder, y nunca existen fuera de las relaciones de poder.

La importancia que las ideas del poder de Foucault han tenido sobre la mujer ha sido descomunal, ya que han traído una nueva esperanza. Entre las más útiles para el feminismo podemos encontrar:

1. La relación entre poder y conocimiento. El poder no es nunca separable del conocimiento porque dentro de cada sociedad hay un régimen de verdad con sus mecanismos propios para producirla. El cuerpo femenino está sujeto a un proceso de objetivación y control por parte de los discursos médicos y psicológicos.
2. El post-economicismo. No todas las desigualdades sociales proceden del sistema capitalista, así que lejos de explicar todos los problemas a través de la economía, debemos centrarnos en las microprácticas sociales.
3. El antiesencialismo. El poder no tiene un lugar concreto de origen, es relación y transversalidad, ha creado al individuo y circula a través de él. Como el poder es un

elemento inherente al individuo, los sujetos están siempre en situación de ser tanto objeto como sujeto de poder. Las diferencias de roles entre hombres y mujeres no son producto de una esencia invariable.

4. El poder ejercido a través de las prácticas y discursos sociales origina que participen del poder los propios dominados, quienes comparten y repiten las ideas que justifican su propia dominación.

5. La subjetividad como producto histórico se opone a la universalización, a la idea de una sola razón y de una sola verdad objetiva que tradicionalmente ha sido puesta al servicio de un sujeto masculino de una determinada cultura, raza y clase. Por tanto, el pensamiento de Foucault plantea la posibilidad de enfrentarse a esa subjetividad impuesta.

6. No existen relaciones de poder que no lleven aparejadas alguna forma de resistencia, siendo éstas últimas inevitables. Las formas de resistencia conllevan diferentes posibilidades de confrontación con los poderes establecidos.

No obstante, hay algunas objeciones que podemos hacer a estas ideas, basadas, por una parte, en que el antiesencialismo de Foucault no permite valorar una diferencia entre los procesos históricos de la producción del cuerpo del hombre y la mujer, bloqueando de esta manera la posibilidad de investigar esa relación de poder. Es en los procesos históricos donde la mujer construye su identidad y su forma de ejercer el poder en base al rol que se le ha otorgado, que en este caso, es manifiestamente pasivo. A pesar de esta objeción, cierto es que el planteamiento de Michel Foucault nos permite abrirnos a un análisis de lo concreto y, gracias a ello, hace posible una forma nueva de estudiar la diferencia sexual.

Por otra parte, aceptamos que todas las prácticas culturales comportan compulsiones, pero esas compulsiones son de una variedad de clases diferentes y demandan respuestas normativas diferentes. No todas las formas de poder son equivalentes ni cualquier práctica social es tan buena como cualquier otra. A su vez, las mujeres no son sujetos de poder en la misma medida que el hombre, y aquí cabría aceptar, en contra de lo que opina este autor, que el poder puede entenderse como el que ejerce un grupo sobre el otro, ya que las mujeres jamás han formado una sociedad soberana. El reconocer a la mujer dentro de un grupo dominado, no supone

creer en una esencia común inmutable, sino reconocer un problema colectivo, y tratar de buscar soluciones valorando las diferencias que puedan haber como raza, edad, religión, o etnia.

Por otro lado, Foucault describe que en la realidad, toda relación de poder entraña un desequilibrio, pero que, ese desequilibrio es necesario en algunas relaciones de poder (como la del alumno y el profesor). Ante esta afirmación, aunque él sólo se limita a hacer una descripción de la realidad, añadimos el reparo de que el no especificar en qué circunstancias es adecuado dejar que circule voluntariamente ese desequilibrio, puede tener como consecuencia que el que ejerza el poder se adueñe ilegítimamente del papel de dominador bajo este argumento, perpetuando al dominado dentro de una indefensión aprendida.

Por último, en lo que a las vías abiertas se refiere, apelamos, en primer lugar, a la necesidad de buscar una alternativa a la teoría queer, ya que su práctica carece de la efectividad necesaria a la hora de solucionar la minusvaloración de la mujer, y, en contra de lo que promulga, no ha disuelto las identidades sexuales, tal y como recomendó Foucault, sino que, ha logrado una multiplicación de ellas, que se organizan cada vez en más subgrupos que reclaman contra su posición de exclusión (cosa con la que estaba en contra nuestro autor). Además, esta teoría corre el riesgo de caer en contradicciones por posicionarse en contra de manera indiscriminada ante todo lo que se establezca como normal.

En segundo lugar, y para finalizar, dado que hay que buscar nuevas alternativas, son indispensables nuevos estudios de este tema. Desde aquí, proponemos como uno de ellos, un acercamiento entre el pensamiento de Foucault y el marxismo, incorporando a las relaciones de poder múltiples la aceptación de la existencia de grupos dominados, que tienen problemas en común que requieren la unión de fuerzas, e integrando la economía como uno de los principales obstáculos que afectan a los cuerpos (en especial los femeninos) en nuestros días. Con ello no queremos decir que las relaciones de dominación entre los sexos se hallen únicamente en atacar instancias como la economía, ya que entenderlo así sería simplificar mucho la opresión de las mujeres, y como ya dijo Foucault, debemos prestar atención a las microprácticas. Pero, el capital, es uno de los principales beneficiarios de la subyugación de la mujer, que, mientras sigue haciendo uso del cuerpo de ésta como un arma saturada de sexualidad, le genera inseguridad para

incrementar el consumo, y merece un tratamiento especial.

## VI. Bibliografía.

- Amigot Leache, P. y Pujal i Llombart, M., «Ariadna danza: lecturas feministas de Michel Foucault», *Revista de Pensamiento e Investigación Social*, núm. 9 (2006), pp. 100-130.
- Castaño Collado, C., «Economía y género», *Revista Política y Sociedad*, núm. 32 (1999), pp. 23-42.
- Castellanos Llanos, G., «Género, poder y postmodernidad: hacia un feminismo de la solidaridad», en G. Luna, L. y Vilanova, M. (Comps.), *Desde las orillas de la política: Género y poder en América Latina*, España, Universidad De Barcelona, 1996, pp. 21-48.
- Eribon, D., *Michel Foucault*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2004.
- Eribon, D., *Michel Foucault y sus contemporáneos*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1995.
- Fernández Agis, D., «Derrida, políticas de la sexualidad», *Problemata: Revista Internacional de Filosofía*, núm. 2 (2014), pp. 252-273.
- Fernández Agis, D., «El Dasein y la "Bête d'Aveu". Culpa, Confesión y Subjetivación. Acotaciones desde Heidegger y Foucault», *Revista Portuguesa de Filosofía*, núm. 70 (2014), pp. 132-141.
- Fernández Agis, D., «El kama-sutra español», *Revista Claves de la razón práctica*, núm. 64 (1996), pp. 62-68.
- Fernández Agis, D., «El verdadero sexo del individuo: la problematización social y moral del hermafroditismo», *Revista La Página*, núm. 91 (2011), pp. 9-

26.

- Fernández Agis, D., «Expresar lo impensable: escritura y poder», *Boletín Millares Carlo*, núm. 30 (2014), pp. 112-118.
- Fernández Agis, D., «Feminidad y Brujería: del poder de las brujas al embrujo femenino» *Boletín Millares Carlo*, núm. 27 (2008), pp. 307-314.
- Fernández Agis, D., «Foucault, identidad y sexualidad», *A Parte Rei: revista de filosofía*, núm. 45 (2006), pp. 1-11.
- Fernández Agis, D., «Foucault: verdad, genealogía y poder», *Revista Laguna*, núm. 23 (2008), pp. 11-37.
- Fernández Agis, D., «Foucault y Derrida, dos formas de analizar la textura del poder», en Fernández Agis, D. y Sierra, A. (eds.), *La biopolítica en el mundo actual. Reflexiones sobre el Efecto Foucault*, Barcelona, Laertes, 2012, pp. 183-200.
- Fernández Agis, D., «Juicio político, juicio moral y poder», *Areté: revista de filosofía*, núm. 2 (2010), pp. 289-300.
- Fernández Agis, D., «La textura de lo inaprensible. Una aproximación a Michel Foucault», en Fernández Agis, D. y Sierra, A. (eds.), *Aproximaciones a la filosofía francesa del siglo XX*, Barcelona, Laertes, 2010, pp. 11-56.
- Fernández Agis, D., «Más allá del principio del poder. Placer, poder y lógica canibalística», *Revista Internacional de Filosofía*, Suplemento 4 (2011), pp. 297-303.
- Fernández Agis, D., «Ortega y Foucault, dos enfoques complementarios acerca de la vigencia del núcleo básico de la teoría liberal», *A Parte Rei: revista de filosofía*, núm. 50 (2007), pp. 1-10.
- Fernández Agis, D., «Psicologización y sexualización del yo», *La lámpara de*

*Diógenes: revista de filosofía*, núm. 14-15 (2007), pp. 115-126.

- Foucault, M., *Historia de la sexualidad, 1. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 2005.
- Foucault, M., *Historia de la sexualidad, 2. El uso de los placeres*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012.
- Foucault, M., *Historia de la sexualidad, 3. La inquietud de sí*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012.
- García-Santesmases, A., *Relación entre el poder político y el poder institucional en la teoría marxista del Estado*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1985.
- Guerra Palmero, M. J., «Feminismos, bioética y biopolítica. Normatividad social y cuerpos», en Fernández Agis, D. y Sierra, A. (eds.), *La biopolítica en el mundo actual. Reflexiones sobre el Efecto Foucault*, Barcelona, Laertes, 2012, pp. 137-152.
- Guerra Palmero, M. J., «Foucault y los feminismos: encuentros y desencuentros», en Fernández Agis, D. y Sierra, A. (eds.), *Aproximaciones a la filosofía francesa del siglo XX*, Barcelona, Laertes, 2010, pp. 79-110.
- Kosofsky Sedgwick, E., «A queer y ahora», en Mérida Jiménez, R. (ed.), *Sexualidades transgresoras, una ontología de estudios queer*, Barcelona, Icaria, 2002, pp. 24-54.
- Lorenzini, D., «"El cinismo hace de la vida una aleturgie". Apuntes para una relectura del recorrido filosófico del último Michel Foucault», *Revista Laguna*, núm. 23 (2008), pp. 63-90.
- Lorenzini, D., «Para acabar con la verdad-demostración. Bachelard, Canguilhem, Foucault y la historia de los "régimenes de verdad"», *Revista Laguna*, núm. 26 (2010), pp. 9-34.

- Martí, S. y Pestaña, A., *Sexo: naturaleza y poder*, Madrid, Nuestra Cultura, 1983.
- Marx, K. y Engels, F., *Manifiesto Comunista*, Madrid, Alianza Editorial, 2008.
- Morey, M., *Escritos sobre Foucault*, Madrid, Sexto Piso, 2014.
- Morey, M., *Lectura de Foucault*, Madrid, Taurus, 1983.
- Rodríguez Batista, A. Z., «Hacia una perspectiva biopolítica de la terapia psicológica: el funcionamiento de los dispositivos de poder sobre L., “una niña agresora sexual”», en Fernández Agis, D. y Sierra, A. (eds.), *La biopolítica en el mundo actual. Reflexiones sobre el Efecto Foucault*, Barcelona, Laertes, 2012, pp. 117-136.
- Romero Pérez, R., *En torno al pensamiento crítico: Michel Foucault y la teoría feminista*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2003.
- Romero Pérez, R., «Filosofía, feminismo y democracia en España», *Investigaciones Feministas*, núm. 2 (2011), pp. 339-353.
- Sánchez Vázquez, A., «La cuestión del poder en Marx», *Sistema: revista de ciencias sociales*, núm. 92 (1986), pp. 3-18.
- Sauquillo, J., *Michel Foucault: una filosofía de la acción*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1989.
- Sauquillo, J., *Para leer a Foucault*, Madrid, Alianza Editorial, 2001.
- Smith, S., «Marxismo, feminismo y liberación de la mujer», *Revista Pasos*, núm. 158 (2013), pp. 42-55.
- Sorrentino, V., «Crítica, verdad y argumentación en el último Foucault», *Revista Laguna*, núm. 23 (2008), pp. 91-116.

- Spargo, T., *Foucault y la teoría queer*, Barcelona, Gedisa, 2007.
- Vale Nieves, O., «Foucault, el poder y la psicopatologización de las mujeres: coordinadas para el debate», *Revista Teoría y crítica de la psicología*, núm. 2 (2012), pp. 148-159.
- Varela, J., «Mater familias: modelos clásicos de sociología del género: F. Engels y E. Durkheim», *Política y sociedad*, núm. 32 (1999), pp. 173-188.